

Política y la estética en el estoicismo

Politics and esthetics in stoicism

Reinaldo Giraldo Díaz

Candidato a Doctor en Filosofía, Universidad de Antioquia, Colombia. Magister en Filosofía de la Universidad del Valle, Colombia. Ingeniero Agrónomo de la Universidad Nacional de Colombia. Docente Auxiliar - Universidad Nacional Abierta y a Distancia - UNAD - Palmira, Colombia.

reinaldo.giraldo@unad.edu.co

Fecha de recepción: Marzo 10 de 2012

Fecha de aceptación: Junio 15 de 2012

Resumen

En este artículo se realiza una reflexión sobre la política y la estética en el estoicismo. Se hace una breve aproximación al papel de la filosofía en el período helenístico, pues ésta, como elección fundamental de vida, implica que el hombre cambie toda su manera de pensar y su modo de ser y de conducirse. También se muestra que el sistema filosófico del estoicismo se divide en Física, Lógica y Ética, teniendo en cuenta que la elección fundamental de vida del estoicismo consiste en actuar conforme a la naturaleza, lo cual permite hablar de la estética en el sentido de que el estoicismo es una filosofía práctica, no es sólo teoría sino praxis personal, búsqueda de un progreso moral individual para conseguir la autarquía, la felicidad, el conocimiento verdadero y la verdadera libertad, y por lo tanto, hablar de estética en este sistema filosófico es tratar de entender la esencia del vivir estoico, pues vivir conforme a la naturaleza es vivir conforme a una regla de vida única y armoniosa, coherente consigo mismo, con la Ley universal, con el cosmos. Se concluye que sólo el sabio encarna ese ideal estético y ético; sólo él sigue una vida de conformidad con la naturaleza, feliz y autosuficiente, y abraza su destino y se conforma con el orden del universo.

Palabras clave

Estoicismo, modo de vida, escuelas filosóficas, antigüedad grecorromana.

Abstract

This article is a reflection on politics and esthetics in stoicism. A brief approximation to the role of philosophy in the Hellenic period is made because this, as a fundamental life choice, implies that man changes his entire manner of thinking and his mode of being and acting. In addition, it is demonstrated that the philosophical system of stoicism consists of acting in accordance with nature, which makes it possible to speak of esthetics in the sense that stoicism is a practical philosophy. It is not only a theory but also a personal practice, and a search for individual moral progress in order to attain autocracy, happiness, true knowledge, and true liberty. Thus, to speak of esthetics in this philosophical system is to try to understand the essence of stoic living; that is, living

in accordance with nature is living in accordance with a unique and harmonious rule of life, coherent with itself, with Universal Law, and with the cosmos. It concludes that only the wise man incarnates this esthetic and ethical ideal. Only he leads his life in accordance with nature, happy and self sufficient; embraces his destiny, and conforms to the universal order.

Keywords

Stoicism, lifestyle, philosophical schools, Greco-Roman antiquity.

Nosotros no somos sino cuando somos en acto, en tanto que vivimos y obramos; y la obra, por su parte, es en cierto sentido el mismo creador en acto, el cual por ende, ama su obra porque ama el ser. Y esto está en la naturaleza de las cosas, porque lo que él es en potencia su obra lo revela en acto.

ARISTÓTELES, *De la amistad*.

Desarrollo

En el período helenístico la filosofía toma un camino inesperado en relación con la filosofía tradicional heredada de Platón y de Sócrates. De Platón se separa porque no hay una afición a la investigación independiente. De los socráticos, porque rompe su incultura. El estoicismo y el epicureísmo nacen entonces como grandes dogmatismos que en nada se parecen a lo que les ha precedido. Consideran que el hombre no puede encontrar la felicidad sin concebir el universo como determinado por la razón humana. «Las investigaciones acerca de la naturaleza de las cosas no tienen su fin en sí mismas, en la satisfacción de la curiosidad intelectual, sino que exigen también la práctica»¹. Además, estos grandes dogmatismos se caracterizan por una tendencia a la disciplina de escuela, «según la cual el nuevo filósofo no tiene que buscar lo que ha sido encontrado antes y la razón y el razonamiento sólo sirven para consolidar en él los dogmas de la escuela y darle una seguridad inquebrantable».²

El alcance y el valor de estos rasgos se debe, en gran parte, a la característica de los hombres que introducían estas novedades y a la forma como reaccionan ante las nuevas circunstancias históricas creadas por la hegemonía macedónica. Todos los estoicos conocidos del siglo III son metecos, lo cual significa que Atenas sigue siendo el centro de la filosofía pero que ninguno de los nuevos filósofos es ateniense, ni siquiera griego continental. Esto también muestra que los griegos dejaron de vivir en un relativo aislamiento, recibiendo y ejerciendo poca influencia de otros pueblos y pasaron a intercambiar poderes, costumbres y cultura, influyendo sobre los pueblos orientales,

1 Véase E. Brehier. *Historia de la filosofía*. Buenos Aires, 1992, p. 296.

2 *Ibid.*, p. 296.

pero al mismo tiempo sujetos a las influencias orientalizantes. Se inaugura, por tanto, una nueva época de la historia universal debida a la expedición de Alejandro Magno, quien extiende la influencia griega por todo el mundo, desde Egipto hasta Samarcanda y Tashkent y también hasta el Indo.

La cultura griega se impone a partir de la muerte de Alejandro, siendo su lengua, bajo la forma de Koiné (κοινή) o dialecto común la que se impuso, haciendo desaparecer los dialectos locales en favor de esta lengua universal que es el órgano de la nueva cultura griega universal.

Cuando Alejandro muere, las disputas de sus generales por su gran imperio terminan con la formación de tres grandes reinos: Macedonia, Alejandría y Antioquía. Es en este contexto de rompimiento de las estructuras políticas tradicionales, en el que se desarrolla la historia del estoicismo antiguo, Cleantes (264-232) y Crisipo (232-204).

Hacia el año 300 el chipriota Zenón, hijo de Mnaseo o Demeo, natural de Citio, de quien Diógenes Laercio dice que ladeaba la cabeza, era delgado de cuerpo, de mediana estatura y moreno de color (D.L. VII, 1), tenía las piernas gruesas y duras, pero de pocas fuerzas. Fue discípulo de Crates, luego de Estilpón y de Jenócrates por espacio de diez años. Cuando consulta el oráculo acerca de lo que debía hacer para conseguir una vida feliz, le respondió la deidad se *asemejase a los muertos en el color*, lo cual entendido, se entregó todo al estudio de los libros. Su unión con Crates fue de esta manera: habiendo comprado una porción de púrpura, conduciéndola de Fenicia a Atenas, naufragó junto al puerto de Pireo. Subió a la ciudad (era de unos veintidós años de edad), se sentó en la tienda de un mercader de libros, y se puso a leer el libro II de los *Comentarios de Jenofonte*. Como la obra le gustase mucho exclamó diciendo: «¿Dónde, dónde se hallan ahora estos hombres?». Pasaba a la sazón por allí Crates, y señalándosele el librero, le dijo: «*Sigue a ése*».

En estos primeros párrafos (2-5) del libro VII, D. Laercio relata cómo Zenón se entrega a la actividad filosófica. La dedicación a la filosofía implica ruptura con su antigua vida, una renuncia a su actividad mercantil para consagrarse por entero a la vida teórica. Para García Gual en el relato de D. Laercio sobre la iniciación filosófica de Zenón se suman varios tópicos, pues,

la vocación a la filosofía puede despertar de varias maneras: la enigmática recomendación de un oráculo, la lectura inolvidable de un libro conmovedor, el encuentro con un sabio maestro; y puede verse favorecida por alguna circunstancia azarosa. En este caso, el naufragio que deja a Zenón en el Pireo, sin sus mercancías de púrpura fenicia, le deja libre para el vagabundeo y el ocio.

La pérdida de su nave para Zenón fue tanto un quebranto económico como una liberación. El joven fenicio se instaló en Atenas para el resto de su vida. Como meteco, no podía adquirir terrenos en la ciudad, por lo cual dio sus lecciones en el *Pórtico pintado* o *Pórtico de las Pinturas, Stoa Poikíle*. Este caso se sitúa de modo característico en los albores de la época helenística:

Este extranjero, que llega a Atenas para renovar la filosofía y recoge lo mejor de su tradición, es todo un símbolo de la apertura de lo helénico.

*Que sea un ex comerciante fenicio quien exhorte con su vida y sus palabras a la areté y a la sophrosyne en la metrópolis de la antigua Grecia no deja de ser sorprendente. Los atenienses comienzan a importar maestros de filosofía y de virtud.*³

En la Antigüedad es en función del modo de vida que se practica en una escuela como el filósofo asiste a las lecciones de la scholē de su preferencia. Hacia finales del siglo IV, como sostiene P. Hadot, «casi toda la actividad filosófica se concentra en Atenas, en las cuatro escuelas fundadas respectivamente por Platón (la Academia), por Aristóteles (el Liceo), por Epicuro (el Jardín) y por Zenón (la Stoa). Durante casi tres siglos estas instituciones se mantendrán activas».⁴

Estas escuelas se convirtieron en instituciones permanentes, carentes de personalidad jurídica, abiertas al público, donde la mayoría de los filósofos no perciben honorarios por enseñar, lo cual es cuestión de honor. Entre quienes frecuentan la escuela se distinguen los simples oyentes y los verdaderos discípulos. En cuanto a la escuela estoica se sabe que contaba con muchos alumnos y que el rey de Macedonia Antígono Gonatas iba a escuchar las lecciones de Zenón cuando residía en Atenas. Esto señala una evolución de la actitud de Atenas con respecto a la filosofía, la cual se ve claramente en el decreto con que los atenienses honraban a Zenón con una corona de oro y ordenaban construir para él una tumba a expensas de la ciudad.

Siendo arconte Arrenidas, la tribu de Acamante en su quinta Prefectura, en la década última de Memacterión, y el día 23 del Magistrado, la Curia de los Presidentes Hipón, hijo de Cratisteles; Xumpeteón, y además de la Asamblea; Trasón, hijo de Trasón anaceense, decretaron diciendo: «Por cuanto Zenón citeo, hijo de Manseo, ha estado muchos años filosofando en la ciudad y se ha portado a la virtud y templanza con sus lecciones a los jóvenes concurrentes a instruirse, proponiendo a todos su propia vida por el mejor modelo, siempre conforme a su doctrina, fausto y feliz ha parecido al pueblo ensalzar a Zenón Citieo, hijo de Mnaseo, y honrado por ley con una corona de oro, por su mucha virtud y sabiduría, y construirle un sepulcro público en el cerámico. Para hacer la corona y edificar el sepulcro ya tiene el pueblo dada comisión a cinco ciudadanos atenienses». Este decreto sea grabado en dos columnas por mano de cuadratarario público, y podrá poner la una en la Academia, y la otra en el Liceo. Los gastos de estas columnas los satisfará el administrador público para que todos sepan que el pueblo ateniense honra a los varones buenos tanto vivos como después de muertos. Para el edificio han sido comisionados Trasón anaceo, Filocles pireeo, Fedro anaflistio, Medón acarniense y Meicito simpaleteo (D. L. Vida de los filósofos más ilustres, VII, 10).

Atenas rendía homenaje a Zenón por exhortar la juventud a la virtud y a la templanza, porque ofreció el modelo de una vida que armonizaba con sus discursos y con los principios que enseñaba. De aquí la indisoluble unión de las tres partes de su filosofía:

3 Vid. Carlos García Gual. *La iniciación de Zenón en la filosofía*. En : *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*. Barcelona: Crítica, 1989, 50/59, p. 59

4 Cfr. Pierre Hadot. *¿Qué es la filosofía antigua?* México: Fondo de Cultura Económica, 1998, p.112..

Lógica, Física y Ética, en las que se distribuyen en los estoicos los problemas filosóficos, pues no es posible que el hombre de bien no sea el físico y el dialéctico, ya que solo actúa la pura razón, tanto en la naturaleza como en la conducta. Así, pues, filosofía significa modo de vida.

Tanto las cuatro escuelas de filosofía mencionadas como el pirronismo propuesto por Pirron y el cinismo por D. Laercio son modos de vida; sin embargo, estas dos últimas actitudes de pensamiento y de vida no adoptaban una forma institucional, ninguna de las dos tiene una organización escolar, ni dogmas. Para los escépticos (Sexto Empírico. Adv. Mathem. VI, 37) el mundo no está construido armoniosamente «Que el mundo esté dispuesto armónicamente se muestra como mentira por diversos motivos, y, en segundo lugar, aunque fuera verdad, una cosa tal no tendría ningún valor para la felicidad, como tampoco la armonía en los instrumentos»

Para los cínicos no es necesario argumentar ni impartir enseñanza alguna, pues su propia vida tiene por sí misma su sentido e implica toda una doctrina.

Lo que se observa es que cada escuela se define y se caracteriza por una elección de vida, por cierta opción existencial. «*La filosofía es amor y búsqueda de la sabiduría, y ésta es precisamente cierto modo de vida. La elección inicial, propia de cada escuela, es, pues, la de cierto tipo de sabiduría*». ⁵ En efecto, la sabiduría es definida en las escuelas helenísticas como un estado de perfecta tranquilidad del alma, por lo cual todas estas filosofías pretenden ser terapéuticas, ya que gracias a ellas se logrará la paz interior. El hombre debe, por tanto, hacer una elección filosófica fundamental; elección que cambiará radicalmente su manera de pensar y su modo de ser, pues esta elección implica una correspondencia de la vida con el pensamiento. La filosofía reposa sobre una elección fundamental de vida. Para los epicúreos el placer, la carne, el cuerpo, mientras que en los estoicos es la ética, la voluntad de hacer el bien. Por eso hay una lucha con el cuerpo.

Para las escuelas dogmáticas la terapéutica consiste en transformar los juicios de valor; para los escépticos, es tratar de suspenderlos. Entre las dogmáticas se puede distinguir, por una parte, el epicureísmo, para el cual la búsqueda del placer es lo que motiva toda la actividad humana. Por otro lado, se distinguen el platonismo, el aristotelismo y el estoicismo. Estas tres escuelas, que se vinculan con la tradición socrática, comparten una doble finalidad, la de formar ciudadanos y filósofos; la pretensión del sabio es la de convertir gente a la filosofía, formar gobernantes y buenos ciudadanos. Lo que intentan estas tres escuelas es la formación de un alto tipo de hombre, que se dirija y oriente con *areté*, es decir, que sea un hombre virtuoso, que aprende no sólo a gobernar, sino a gobernarse a sí mismo, pues «la formación filosófica, es decir, el ejercicio de la sabiduría, está destinada a realizar plenamente la opción existencial». ⁶

Bajo la influencia de esta doble finalidad la enseñanza adquiere una forma dialogada y dialéctica, a la que los estoicos agregan un eslabonamiento sistemático al presentar su doctrina. La finalidad del sistema es reunir condensadamente los dogmas fundamentales y entrelazarlos por medio de una argumentación rigurosa, creando un conjunto cohe-

5 *Ibid.*, pp. 116/117.

6 *Ibid.*, p. 118.

rente muy concentrado de los dogmas fundamentales, para obtener una mayor fuerza persuasiva, produciendo un efecto en el alma del oyente o del lector.

El epicureísmo y el estoicismo tienen un carácter popular y misionero porque, puesto que las discusiones técnicas y teóricas son asunto de los especialistas, pueden resumirse para los principiantes y los avanzados en un pequeño número de fórmulas fuertemente entrelazadas, que son sobre todo las reglas de la vida práctica.⁷

El modo de vida cínico rompe radicalmente con el mundo, rechaza aquello que los hombres consideran reglas elementales para vivir en sociedad, como la limpieza, la compostura, la cortesía. El cinismo es una ética de la apatía. La sabiduría de los cínicos consiste en ahorrarse ilusiones. Para los cínicos lo humano no cambia, lo que cambia es el ropaje que envuelve al hombre; le interesa construir un hombre natural.

El cínico no tiene la ingenuidad de creer que domina el universo cuando es dueño de sí, pues el hombre permanece como hombre, en su lugar, y no tiene la pretensión de salvar los límites que le han sido dados. Por eso el cínico se libra de las obligaciones que impone la ciudad y que nunca ha escogido. En su propia ciudad se siente exiliado, su patria es el cosmos, en cualquier lugar del mundo se siente como en su casa.

La elección fundamental de vida del estoicismo consiste en la exigencia del bien, dictada por la regla recta, la razón, y que trasciende al individuo, pues lo único que depende de nosotros y que nada puede arrancarnos es la voluntad de hacer el bien, de actuar conforme a la naturaleza. Es ahí donde el hombre encuentra la libertad, la autarquía, la autodeterminación; por eso solo el sabio es libre: porque sólo él sigue una vida conforme a la naturaleza, sólo él se conforma con el orden del mundo y con el destino, del cual no puede escapar, tomando consciencia de la situación del hombre.

El discurso filosófico del estoicismo consta de tres partes, ligadas y relacionadas entre sí, formando un todo coherente, por lo cual se le denomina filosofía de bloque. Estas partes son: la Lógica, la Física y la Ética.

Para los estoicos todo conocimiento tiene su origen en las impresiones recibidas por nuestros sentidos. El conocimiento parte de la impresión que un objeto real hace en el alma. Esta representación o imagen es análoga a la de un sello sobre la cera o a la alteración que produce en el aire un color o un sonido, y, además, es un primer juicio sobre las cosas que se propone el alma y al que ésta puede dar o negar su asentimiento.⁸

Las representaciones no dependen de la voluntad del hombre; sin embargo, su discurso interior enuncia y describe el contenido de esas representaciones, dando o no su asentimiento al enunciado. Si se equivoca, el alma cae en el error y tiene una opinión falsa; si acierta, tiene la comprensión del objeto correspondiente a la representación. Para que el asentimiento sea el adecuado y conduzca a la percepción, la imagen misma debe ser fiel; esta imagen fiel es la representación comprensiva, incapaz por sí misma de comprender o percibir, pero capaz de producir el asentimiento verdadero y la percepción.⁹

7 *Ibid.*, p. 122.

8 E. Brehier. Op., cit., p. 308.

9 *Ibid.*, p.308

Es en la posibilidad que el discurso interior enuncie y describa el contenido de las representaciones y en que el alma dé o no su asentimiento que se sitúa la posibilidad del error y de la libertad.¹⁰ La presencia de una imagen se acompaña siempre de un discurso interior. Este discurso interior enuncia el valor del objeto que provocó la fantasía. A estos enunciados da o no el hombre su asentimiento. Al lado de las cosas sensibles está lo que se pueda expresar por el lenguaje, es decir, lo expresable. La presencia de una imagen, por tanto, está acompañada de una palabra, una frase o una proposición. El mundo estoico se constituye así en un sistema de signos que el hombre debe descifrar, interpretar.

El hombre es un intérprete del universo, pues sólo él está dotado de razón y de lenguaje. El hombre reconoce la causa de sus representaciones y las enuncia en el lenguaje. Los errores de interpretación son siempre posibles, provienen del hombre y nunca ponen en duda la ciencia de los signos. Al mundo, en tanto que sistema de signos, corresponde un discurso interior, un sistema de representaciones que el hombre debe interpretar. Por eso en el estoicismo decir imagen es decir lenguaje, palabra, discurso interior. El alma no capta las imágenes, sino las cosas; no se contenta con tener la imagen del objeto: el asentimiento prepara la percepción y la percepción capta el objeto. La sensación (*aísthesis*) es la fuente última de todo proceso cognoscitivo, esta se convierte en auténtica percepción cuando el alma forma una imagen (*phantasia*) del objeto exterior en cuestión. Ahí interviene el reconocimiento (*katálepsis*) por el que el alma da o no su asentimiento a la imagen representada (*phantasia katáleptike*).

Los estoicos no admiten más conocimientos que las realidades sensibles. No hay nada más allá de la realidad. La sensación es el criterio de verdad. Hay una imagen que se imprime en la parte central del alma. De esa imagen surge un discurso interior, un logos. No hay, pues, imagen sin palabra, sin lenguaje. De ahí que si el hombre no tiene un discurso interior no puede abrazar la realidad. Y para abrazar la realidad es necesario que este discurso lógico no sea sólo teórico, sino práctica (ejercicio espiritual), una práctica cotidiana del dominio del discurso interior, pues es necesario vigilar el discurso interior para evitar errores y juicios de razonamiento que no dejan ver la realidad tal cual es. El universo estoico es por eso supremamente realista, porque no hay nada más allá de la realidad.

La Física estoica tiene una finalidad ética, pues vivir conforme a una regla de vida única y armoniosa, coherente consigo mismo, es hacerlo de conformidad con la Ley universal, con la naturaleza, con el cosmos. Los estoicos fundamentan en la naturaleza la posibilidad de la elección existencial. El himno a Zeus de Cleantes hace énfasis en una ley común que deben seguir los hombres y cuantos seres precederos viven y se arrastran sobre la tierra. En la física estoica el mundo está totalmente dominado por la Razón, todo está incluido en el orden universal, hay una actividad racional que todo lo somete a su poder.

Esta razón, en tanto que obra, es un cuerpo, una acción que se ejerce sin reacción, es la acción de un cuerpo que penetra a otro y se encuentra en todas las partes de él, «el soplo

¹⁰ Pierre Hadot. *Op., cit.*, p. 148.

material (πνευμα) que atraviesa la materia para animarla está dispuesto a convertirse en espíritu puro». ¹¹ Este soplo, *pneuma*, o hálito que permea con su carácter vivificador toda la materia, dirige el conjunto de lo existente, es el principio divino de la *physis*, la fuente de la actividad universal, de la eterna energía cósmica. ¹² La acción de este *pneuma* inteligente y dinámico es diferente en los distintos seres. En los inanimados es la fuerza de cohesión (*hexis*), en las plantas su naturaleza vegetativa (*phýsis*), en los animales el alma (*psyché*), que les proporciona la percepción sensible (*aisthesis*), la representación imaginativa (*phantasia*) y la impulsión motriz (*hormé*), a lo que se añade en el hombre la capacidad de raciocinio (*logos*).

La imagen del cosmos en el estoicismo consiste en un todo continuo, material, dotado de una tensión interna, cuyas distintas materias concretas, como el aire, el agua o la tierra, son transmutaciones de un fuego, soplo fogoso o calor vital que a lo largo de vastos procesos acaban por resolverse al final de largos y repetidos ciclos cósmicos a cuyo término engendra todos los seres. Esta imagen constituye la conflagración universal o reabsorción de todas las cosas para que el mundo vuelva a nacer nuevamente, renovado. Diógenes Laercio lo ilustra así:

Opinan que la naturaleza es un fuego artificioso que está en camino para la generación; o bien un espíritu ígneo y artificioso. Que el alma es sensitiva, y nos es un espíritu innato; por tanto, es corpórea, permanente después de la muerte, y es corruptible. Pero que el alma del universo es incorruptible, de la cual son partes las de los animales. Zenón Citieo, Antípatro en sus libros Del alma, y Posidonio dicen que el alma es un espíritu cálido, pues por él respiramos y por él nos movemos. Cleantes dice que todas permanecerán hasta el incendio del mundo; pero Crisipo afirma que sólo las de los sabios. Que las partes del alma son ocho, a saber: los cinco sentidos, los principios seminales existentes en nosotros, la locuela y la raciocinación. Que nuestra visión se hace extendiéndose en figura de cono la luz que hay entre la vista y el objeto: así lo dice Crisipo en el II de los Físicos, y Apolodoro. La parte aguda del cono aéreo está junto al ojo; la base en el objeto mirado, haciéndose manifiesto lo que miramos extendiéndose el aire como por el báculo (D. L., 107).

El fuego artista es el principio activo del universo, contiene todas las cosas en él. Es idéntico a Dios, es obra de arte, artista al mismo tiempo que obra de arte, pues la naturaleza en tanto que fuerza (dinamismo) se confunde con el artista y con la obra de arte, en tanto que resultado. De este principio activo nace el aire, el agua, la tierra y el soplo (*pneuma*) divino.

Dicen que Dios es un animal inmortal, racional, perfecto, o inteligente en su felicidad, incapaz de recibir algún daño, y que gobierna pródicamente el mundo y cuanto éste encierra; pero no tiene figura humana. Que es autor y criador del universo y como Padre de todas las cosas, ya en común,

11 E. Brehier. *Cit.*, p. 314.

12 Carlos García Gual y María Jesús Imaz. *La filosofía helenística: éticas y sistemas* (3ª ed). Madrid: Cincel, S.A., 1986, p. 138.

ya como parte del mismo universo que penetra por todo, y se llama con diversos nombres según sus fuerzas. Lo llaman Δία (Día), porque por él existe todo. Llámalo también Ζηνα (Zena), porque es causa de todo viviente, o bien porque en todo viviente reside. Ἀθηναίαν (Athenan) porque constituye su imperio en el aire. Ἡφαίστιον (Hehaiston), porque lo tiene en el fuego artificial. Ποσειδῶνα (Poseidona) por tenerlo en el húmido o agua. Ὑδρομετρῶνα (Démétran), por tenerlo en la tierra (D. L., 100)

El fuego artista es un cuerpo, una sustancia, un principio activo, materia y forma a la vez. Las manifestaciones de ese cuerpo son las cosas del universo. El fuego artista siempre está presente en el universo, es la condición misma del universo. El fuego artista es providencia y destino a la vez. El fuego artista contiene todas las cosas y el *pneuma* penetra todo, tomando su forma, «Poseidonios afirma que el dios es un soplo dotado de inteligencia e ígneo, sin tener forma y transformándose en lo que quisiera, llegando a ser semejante a todo» (Aetius, Placita, I.7.1.9).

Si el mundo está contenido por un alma única es necesaria una simpatía cósmica (*sympátheia tou pantós*) entre sus componentes, una mezcla total (*krásis di holôn*), que permita que todo actúe con el mismo fin, de manera que todos los seres colaboren en la marcha del mundo. El mundo puede existir en el seno de un vacío infinito, limitado por el vacío exterior, pero en este mundo el vacío no juega ningún papel. Existe una simpatía universal, una armonía que es preciso aceptar y comprender para vivir conforme a la naturaleza, aceptando lo que ocurre en el orden del cosmos. El destino, por tanto, en el estoicismo, no es algo trágico o misterioso. Su designio se dirige tanto a lo conducente como a lo deleitable.

Que todas las cosas se hacen según el hado o destino, lo dice Crisipo en sus libros Del hado, Posidonio en su libro II Del hado, y Boeto también en el libro XI Del hado. El hado es el principio u origen de una serie de cosas, o la razón según la cual es gobernado el mundo. Dicen que la divinación es superior a cualquier otra cosa, y aún quieren sea providencia. Prueban que es arte, por algunas predicciones verificadas: así lo escriben Zenón y Crisipo en el libro II De la divinación, Atenodoro y Posidonio en el libro XII de sus Discursos físicos, y en el V De la divinación. (D. L., 101)

La Ética deriva de estas consideraciones, pues el sabio es quien vive de acuerdo con el orden del mundo y por ello sólo él es libre, tiene la potestad de obrar por sí, nunca vive solo porque está acompañado de la naturaleza (D. L., 84, 85), posee todas las virtudes, porque el que posee una las posee todas (D. L., 87).

El estoicismo tiene, pues, un sentido que se dirige a la orientación de la conducta ética. Por eso se considera la Física como una entrada, una iniciación, a la Ética, pues la energía siempre viviente que es este mundo permite al hombre que toma consciencia del logos del que participa, un *impulso real para la acción*.¹³ La Física engendra la Ética porque el hombre es un actor en el escenario de la naturaleza. Vivir conforme a la naturaleza es el fundamento de la racionalidad de la acción humana. Para situarse y conocerse es preciso conocer qué es el mundo. La Física es vivida porque es virtud e implica ejercicios filosóficos prácticos. Todo sucede por la Razón universal, la voluntad

de Dios o el destino, así implique mutilación o pobreza, pues de lo que se trata es de seguir la regla recta del cosmos, contemplar y gozar del mundo tal cual es. Se trata de acomodar el comportamiento individual a la ley que rige el universo.

La razón es la guía segura de la *praxis* humana. El *hegemonikón* o guía interior escoge la conducta apropiada a la constitución racional del hombre. En este sentido la sabiduría y la felicidad son una meta, una obligación natural. Lo propio del ser humano es la virtud y lo impropio es el vicio. Vivir en armonía con el universo es una aspiración que debe perseguir el hombre. Para ello debe renunciar a las pasiones, no dejarse llevar por ellas, y encontrar en sí un equilibrio paralelo al del mundo, pues vivir conforme con uno mismo es vivir conforme a la Ley natural común. La felicidad consiste, por tanto, en atenerse a lo razonable, lo cual es virtuoso y no depende de los otros ni de otra cosa, ya que sólo la conducta correcta, es decir, actuar conforme con la regla recta, racional, asegura la autarquía, la autosuficiencia. Todo lo demás es indiferente, como la vida, la salud, el honor, las posesiones y el placer.

Por tanto, será bueno sólo aquello que dependa de nosotros (*tá ep' hemín*) e indiferente lo que no. Lo único que depende de nosotros es nuestra intención moral, el sentido que damos a los hechos, la buena voluntad y no el éxito. Por eso hay que realizar un ejercicio constante sobre lo que no tiene valor moral, sobre lo que no depende de nosotros. Es preciso hacer un esfuerzo, un trabajo para eliminar los juicios de valor que no dependen de nosotros.

El hombre tiene la libertad de elaborarse, de transformarse, la posibilidad de perfeccionarse, de cambiar el asentimiento, el discurso interior, la interpretación que hace de los hechos. Hay una historia de esa elaboración, un hilo entre lo que el hombre fue y lo que es. Esa marcha triunfal del espíritu es posible porque hay pasiones. El hombre elige lo mejor, que es vivir conforme a la naturaleza, y persevera en ello. Este ejercicio sólo termina cuando la interpretación deja de existir, es decir, cuando estamos en presencia del sabio, del arte máximo, pues el filósofo que se vuelve sabio es el artista por excelencia.

En el ejercicio de la sabiduría hay una correspondencia total con el universo. Sin esta concordancia o consonancia entre todas las partes del universo, es decir, sin la simpatía, el hombre no tendría posibilidad de imitar al universo. Hay arte humano, porque hay arte divino: no se puede pensar en un sabio estoico que no sea artista.¹⁴

La sabiduría permite al sabio participar sin esfuerzo en las bellas artes. Él puede reproducir los efectos de las diferentes artes sin practicar las distintas ramas artísticas. También es perfectamente virtuoso, artista y obra de arte al mismo tiempo. La virtud es un arte que resulta del ejercicio de una serie de pensamientos, de la capacidad de enfrentarse con las pasiones, de liberarse de ellas. La virtud basta para la dicha. La virtud, en este sentido, es excelencia, lo que hace de cada vida una obra de arte y fuente de felicidad. El

13 Juan Carlos García Borrón. *Los estoicos*. En: *Historia de la ética. De los griegos al renacimiento*. Barcelona: Crítica, (s.f) (copia fotostática), p. 211.

14 El arte imita a la naturaleza, se confunde con la naturaleza, con la divinidad y con la razón. La obra de arte más hermosa es el universo. El tonos es el modo de acción del pneuma. Se define como un movimiento del soplo divino que penetra al mundo en sus partes menores. Esa tensión interior, el proyecto del estoico, asegura la unidad del todo y da a los seres individuales su coherencia.

sabio es por naturaleza libre, es libre en la medida en que, como el universo, se basta a sí mismo. La autarquía es una disposición habitual que se contenta con lo indispensable y que por sí misma procura lo que es necesario para la vida.

La libertad consiste en abrazar estrechamente la realidad, en contemplar el orden divino del cosmos, el momento presente con todo lo que contiene, cogerlo y volverlo a colocar en la cadena providencial de las causas. El acto del sabio coincide con la Razón universal presente en todas las cosas y en armonía con ella misma, por lo cual está libre de toda perturbación, en la independencia y tranquilidad interna.¹⁵ Este ideal estoico de la autosuficiencia se asocia con la orientación natural del hombre a la vida social (*koinonikós phýsei*). El hombre es ciudadano de la comunidad humana universal, de la *comunidad de los racionales*.¹⁶ El hombre es ciudadano del *kósmos*. Tanto lo humano como lo divino coexisten en el cosmos. No hay normas humanas fuera del cosmos sino una única ley legítima universal, producto de la Razón natural. En su himno a Zeus Cleantes menciona esta ley común que deben obedecer los hombres para vivir con bien:

¡Zeus, el más glorioso de los inmortales, multinombre, siempre todopoderoso, causa primera de la naturaleza que todo lo gobiernas con la ley, yo te saludo! Pues a ti deben invocarte todos los mortales, ya que son tu linaje y como un don han recibido la imitación de tu voz solamente ellos, de cuantos seres perecederos viven y se arrastran sobre la tierra; por ello cantaré siempre tu poder.

A ti, ciertamente, todo este universo que rodea a la tierra te obedece, adonde tú lo llevas, y consiente tu poder.

Tal es el instrumento que tienes en tus manos invencibles: el rayo de doble filo, inflamado, siempre vivo, pues bajo sus golpes se llevan a cabo todas las obras de la naturaleza; con él tú diriges una razón común que a todo trasciende, mezcladas con las grandes y pequeñas luces del universo; con él a tanto tú has llegado, rey supremo de todo.

Ningún hecho se produce en la tierra sin ti, ¡oh Dios!, ni en el etéreo y divino cielo ni en el mar, excepto cuando llevan a cabo los malvados en su locura; pero tú sabes ajustar lo desmesurado y ordenar lo desordenado y lo no amable es para ti amable.

Esta ley divina universal, que deben reverenciar los seres que se guían por la razón, debe ser seguida por los hombres para no caer en la ignorancia, pues el conocimiento sirve para gobernar con justicia; el sabio reprimirá los vicios e incitará a las virtudes y será el único ser verdaderamente libre porque sólo él obedece la ley divina y se halla acorde con la razón del mundo. El sabio estoico no sólo es libre sino también rey, *siendo el reinar un mando a nadie dañoso, que existe sólo entre los sabios* (D. L., 84). El sabio estoico es el verdadero ciudadano, el verdadero pariente, el verdadero amigo y el verdadero hombre libre, pues, todos aquellos que viven de acuerdo con la ley común divina son libres.

¹⁵ *Ibid.*, p. 219.

¹⁶ *Ibid.*, p. 221.

De tal modo, pues, has armonizado en la unidad lo bueno y lo malo, que de todo llega a haber una sola razón siempre existente, que abandonan, huyendo de ella, cuantos son malvados de entre los mortales, los desgraciados, que continuamente ansiando la posesión de bienes, ni ven ni escuchan la ley común de Dios: si la obedecieran con inteligencia vivirían con bien. Pero ellos, al contrario, se dirigen en su locura unos a un mal, otros a otro, unos teniendo un celo desmesurado, amigo de terribles contiendas, otros entregados a las malas artes sin pauta alguna y otros al relajo y a los placenteros asuntos del cuerpo; hacia aquí y hacia allá son llevados buscando afanosamente todo lo contrario de lo que llega a ser.

Los hombres deben obedecer esta ley común de Dios, esta razón siempre existente y que a todo trasciende, pues quien se aparte de esta ley se dirigirá con locura y desmesura. Los estoicos, debido a esta creencia en una ley universal que gobierna tanto a los hombres como a los dioses, renuncian a cualquier intento de modificar la situación histórica concreta, por lo que se considera como una ideología reaccionaria y conservadora,¹⁷ pues el hombre que desea vivir con bien debe obedecer la ley universal, pues todo acto conforme a la naturaleza, a la ley común de Dios, es un acto bueno, lo cual pone de manifiesto un cierto tipo de conducta moral que consiste en orientarse por la ley común de Dios.

Así que, ¡oh Zeus, provisor de todo, rayo brillante que te ocultas tras las nubes!, aparta a los hombres de la triste ignorancia, dispáala tú, padre, del alma y concédenos alcanzar el conocimiento, con cuyo apoyo tú gobiernas todo con justicia, a fin de que, agraciados con ese don, te lo devolvamos honrándote, alabando tus obras sin cesar, como conviene a quien es mortal, pues ni para los mortales hay homenaje más grande, ni para los dioses, que alabar siempre con justicia la ley común.

Al admitir y postular esta única Ley universal que rige tanto a los dioses como a los hombres, los estoicos se representan una constitución o régimen ideal para todos los hombres, que consiste en no vivir en ciudades ni países separados unos de otros por leyes particulares, sino que se debe considerar a todos los hombres como compatriotas y conciudadanos, pues hay un solo mundo y ordenamiento con arreglo a una ley común.¹⁸

A manera de conclusión

Como colofón se puede decir, entonces, que la finalidad ética del filósofo estoico es el sabio, ya que sólo él, debido a su acuerdo consciente con la naturaleza, cumple su función de manera perfecta, en atención constante a los objetivos últimos de la virtud, por lo cual se considera parecido a los dioses, pues tiene en sí mismo algo divino.

17 Carlos García Gual y María Jesús Imaz. *La filosofía helenística...Op. cit.*, p. 154.

18 Vid. Plutarco, *Discursos I y II sobre la fortuna o la virtud de Alejandro Magno*, I, 6. En: Martín Sevilla. *Antología de los primeros estoicos griegos*. Madrid: Anzós, 1991.

Bibliografía

1. Breier, E. *Historia de la filosofía*. Buenos Aires, 1992.
2. Daraki, M. y Romeyer-Dherbey, G. *El mundo helenístico: cínicos, estoicos y epicúreos*. (1ª ed., trad. Fernando Guerrero). Madrid: Akal, 1996.
3. García Borrón, J.C. *Los estoicos*. En: *Historia de la ética. De los griegos al renacimiento*. Barcelona: Crítica, (s.f) (copia fotostática)
4. Garcia Gual, C. *La iniciación de Zenón en la filosofía*. En : *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledo*. Barcelona: Crítica, 1989, 50/59.
5. García Gual, C. y Jesús Imaz, M. *La filosofía helenística: éticas y sistemas* (3ª ed). Madrid: Cincel, S.A., 1986.
6. Hadot, P. *¿Qué es la filosofía antigua?* México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
7. Laercio, D. *Vida de los filósofos más ilustres*.
8. Sevilla, M. *Antología de los primeros estoicos griegos*. Madrid: Anzos, 1991.
9. Tatarkiewicz, W. *Historia de la estética*. Madrid: Akal, 1987.